Rosario de Acuña

4/10. En Escena

Poema original:

«Fernando, no es posible lo que dices,
¡Tú dejarme!... ¡olvidar nuestros amores!
¡Quitar del alma, como secas flores,
Aquellas ilusiones deliciosas
Que mecieron risueñas nuestra infancia!...
¡Olvidarnos!... ¡los dos!... ¡Vamos, delira!...
¡Lo que dice no es más que extravagancia!...»
—Así hablaba María; cuanto dijo,
Y dirá en adelante, lo escuchaba
El agreste paisaje de la sierra;
Un rico pañolón de cachemira
(Estando á tal altura
Siempre hace frío por aquella tierra)
Envolvía á la hermosa criatura
Cuyo cabello, negro y abundante,
En deshechas guedejas esparcido
Jugaba dulcemente en su semblante,
Por tenue brisa sin cesar mecido.—
«Es preciso, María; ya ves; piensa...
—Fernando iba á seguir, pero María
Que sin duda comprende ¡triste caso!
Toda la fuerza de razón tan clara,
Se vuelve hacia Fernando y, cara á cara,
Con un rayo de fuego en la pupila,
Que acaricia los ojos de su amado,
Y de esperanza y de temor vacila,
Le dice así:—«Contesta;
Me amas ó no; no admito otras razones,
Que no hay poder ante el poder inmenso
Con que liga el amor dos corazones;
Me amas, Fernando, dí.»—«Te amo, alma mía;
Mas... nos habremos de olvidar, María.»
«Pero ¿por qué, por qué?»—gritó la joven.
«¡Y no te he de ver más, y no he de oirte,
Ni soñar con la dicha que hoy ignoro
De ser en todo y para siempre, tuya!
¿Y valgo menos yo que tu tesoro?...»

—Así, con reposado acento, dijo
Aquella alma de fuego, que vivía
En un mundo distinto al de su amado;
¡Cómo irradiaba en luz de hermosos tonos
Su pálido semblante,
Y cómo se escapaba de su boca
El fuego que en su pecho se encendía!
¡Pobre mujer, desventurada y loca!
Sacerdotisa, acaso sin saberlo,
Del Dios amor, que tiene sobre el mundo,
Por pedestal, amontonado el barro
Y por trono y dosel, el vicio inmundo!
.....
«¡¡Y podrás olvidarme sin recelo!!...
Y podrás ¡ay! vivir en noche oscura,
Pues siendo tú mi sol, yo soy tu cielo!...»
«¡María! ¿á qué empeñarte en esa idea?
¿No viste mil amantes separados,
Vivir, después de tiempo trascurrido,
Felices, sin zozobras ni pesares,
Uniéndose á otro ser en los altares?»
«Y ¿se amaron?... Es falso; ¡lo creyeron!
Quien ama como yo, muere, si olvida;
¡Cómo es posible que vivir se pueda
Con el dolor horrible de esta herida!»
.....
Un cuervo en esto grazna desde lejos
Y, á la par que el graznido,
Vibró entre el aura fresca carcajada,
En diapasón unido;
Por el alma del hombre fué lanzada;
¡Raro contraste! La grandeza toda
Del sér privilegiado,
Se confundió, en acorde coreado,
Con el grito de un pájaro, que tiene
Que mantenerse de animales muertos,
En medio de peñascos y desiertos.
.....
«Mujer, qué exagerar tan excesivo.»
—Dijo, tratando de calmar su risa,
Aquel Fernando grave y expresivo
Dotado de una voz clara y concisa.
«No seas niña, María, y ten prudencia;
Ya sabes que te adoro...
Pero querer no basta en la existencia;
No, porque hay que pensar lo que se quiere;

Sentimiento que alienta en el vacío
Al fin nos hace esclavos del hastío.
.....
¡Oh profunda verdad! ¡cómo saliste
En frase dura, enérgica y vibrante,
Á cruzar, como látigo de hierro,
El pálido semblante
De la infeliz María!
¡Ella juzgaba el alma de su amante
Por lo que el alma suya le decía,
Y en el amor intenso en que latía
Vio fuera del amor pena y dolores
Y se encontró, de pronto, en el abismo
Del bárbaro egoismo
Que ofrece espinas en lugar de flores.